

realmente “trascendentales”. No, aquí, cuando más, existe una suerte de coletilla que remata un tema tratado anteriormente en tres o cuatro páginas; una ironía, una conclusión paradójica o una inocente coda como una joya arrojada al azar. Así, por ejemplo (y ya el lector sabrá después por qué digo lo que digo): “Me habían dicho que no mirara a los gallos, que lo interesante era la gente; que mirara las caras de la gente”, o “Las cosas se van poniendo en su sitio; está claro cuál es la especie chiflada a la que hay que temer”, o “Bueno, los muertos son un misterio. Vaya uno a saber si están en el aire, en el agua, en la tierra, o si ya los teníamos adentro”.

Y está el título, *Oficios afines*, que suscita preguntas desconcertantes porque es una frase trunca al parecer, o que requiere un contexto, dado que sugiere que esas páginas nos van a hablar de oficios parecidos entre sí, de algunas curiosidades en ese sentido. Pero hay uno solo de los artículos que nos dice claramente que hay dos oficios afines: el de lavar ropa y el de escribir. Claro que yo no voy a hablar aquí de eso, no voy a explicar lo que la autora escribe con tanta gracia y con tanta razón, además, acerca de dos asuntos aparentemente tan alejados uno del otro. Una de las páginas más deliciosas de este libro, que no son pocas. **U**

Luis Germán Sierra J. (Colombia)

Zapatoca ¹

Silban
los chorlitos
en el cementerio
alemán

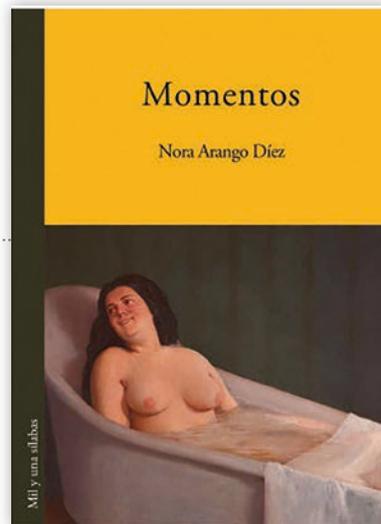
el sol
echa
un vistazo
entre
las tumbas

está viva
la belleza
en la granja
de los muertos

Gustavo Adolfo Garcés

¹ Poema publicado en nuestra edición No.327. Versión definitiva.

El lado más hondo de la realidad



Momentos
Nora Arango Díez
Sílaba
Medellín, 2016
92 p.

Cuando tuve este libro en mis manos, sin ningún antecedente sobre él, y al ver, hojeándolo, que se trataba de textos muy breves, pensé que estos podrían ser algo al estilo de los minicuentos o microrrelatos o microficciones que suelo leer en autores como Kafka o Mrosek o Monterroso, o en autores contemporáneos, dado que estos géneros hacen carrera en la actualidad, a veces felizmente. Pero al empezar a leer sus primeras páginas supe que no era eso lo que pasaba allí, sino que, más bien, era un libro a la manera de *Prosas apátridas* de Julio Ramón Ribeyro o de *Manual del distraído* de Alejandro Rossi o de *Dietario voluble* de Enrique Vila-Matas. O del mismo *Pensamientos de un viejo* de Fernando González. Es decir, que no se trataba de historias ficcionadas —cuentos mínimos—, sino de pequeños momentos (tal cual es el título) o anécdotas narradas tal y como ocurrieron. Esto último, claro, no quiere decir que dichos pasajes sean literales o que se propongan una fidelidad absoluta a la realidad o a la controvertible verdad de los hechos. El lenguaje, por supuesto, hace lo suyo.

Nora Arango es periodista, pero, sobre todo, es escritora, y es en la literatura donde se ha gastado gran parte de su tiempo (es autora del libro *Bordados*, de la novela *Cuánto faltará*, de los “juegos de intriga detectivesca” *Los misterios del hotel Roc Blanc 1 y 2* —en asocio con Elkin Obregón—) y esto, a la hora de sentarse a escribir, se le nota. Es una escritora que cuenta breves historias personales en las que muestra su agudo sentido de observación y el olfato que le permite deducir dónde la realidad se tiñe con fragmentos de irrealdad o ficción, aunque esas pequeñas historias sigan siendo pura y dura realidad.

Cuando un escritor se detiene a narrar instantes de su vida, sin prácticamente ninguna otra pretensión, es porque cree o ha aprendido que muchos de los momentos comunes y corrientes de la vida común y corriente encierran en sí mismos un halo de poesía, es decir, un quiebre de la realidad, algo extraordinario. Y porque confía, claro, en que el lenguaje, como digo arriba, hace lo suyo.

Ribeyro dice que sus *Prosas apátridas* quieren parecerse a *Le spleen de Paris* de Baudelaire, ante todo en aquello del desorden, porque esos textos, en ambos casos, son “pies y cabeza a la vez, alternativa y recíprocamente”, dice el poeta francés. Y así son las páginas de *Momentos*: se pueden abrir en cualquier parte y continuar, o ir al principio y luego leer el último texto. Nadie ordena los momentos, ellos llegan como se van, aparecen en cada minuto. Si “los días, que uno tras otro, son la vida”, tal como dice el poeta Aurelio Arturo, hay que decir, también, que los momentos, uno tras otro, son el día.

El escritor es un observador selectivo y a veces en eso consiste el arte de lo que hace. En las elecciones, en los filtros, en la depuración de todo lo que llega hasta él. Si a esa característica añadimos la de la mirada que se desplaza igual que una cámara de cine o de vídeo, entonces tenemos el tono de las pequeñas prosas de Nora Arango. La descripción que se desplaza silenciosa y lentamente por el objeto de su atención y nos da, de cuerpo entero, una situación, un personaje o un instante. Como en “Viejitos” (27), cuando observa a la distancia un par de ancianos que parecen conversar airadamente, “arrebatañdose” la palabra, pero al acercarse se percata de que en realidad cantan. En uno de los fragmentos de que se compone el libro citado de Ribeyro, este nos cuenta que a un ómnibus se suben varias “viejas y arrugadas”, y a continuación agrega que “se habían arrugado en el confort y la bonanza [...],

sin grandeza, la vejez de la satisfacción”. Al igual que Nora Arango, Ribeyro agudiza y problematiza la observación, va con ella hasta el final.

El ojo de un observador se detiene en una situación así y el interés de un escritor se propone descifrar el misterio o la curiosidad que en principio inspira una escena de este talante. Por eso existe este libro, *Momentos*, y por eso existen los libros que he mencionado.

“Verano” (39) comienza como si se tratara de un cuento: “A un bus casi vacío se subió una mujer de blanco que lloraba”. Ya está creada una atmósfera de misterio en una frase. El interés del lector está garantizado sin inventar nada, bastó saber empezar. Las dos páginas que siguen no defraudan a ese lector “picado”. Y casi no pasa nada, no hay movimientos que estremezcan nada, solo hay una pequeña narración con las palabras que son. Queda, eso sí, otra vez, una aguda observación.

Y es por todo esto que Juan José Hoyos dice en el comentario de la contratapa: “La fuerza de estas historias está más allá de la superficie. Su efecto delicado se apoya en una paradoja íntima, en una atmósfera, en una epifanía. Son, en realidad, iluminaciones. Momentos privilegiados en los que una mirada, un encuentro casual, un gesto, nos permiten vislumbrar el sentido más hondo de las cosas”.

Momentos de Nora Arango tiene el encanto de los libros que no se proponen nada, pero que, al estar hechos con la delicada sustancia del silencio que significan las palabras bien escogidas para narrar las deliciosas e irremplazables vicisitudes de la cotidianidad, es un libro que narra la superficie, es decir, el lado más hondo de la realidad. ■

Luis Germán Sierra J. (Colombia)

